

## **ESTUDIO: LOS DIEZ MANDAMIENTOS**

### **ESTUDIO 12**

**"NO CODICIARÁS LA CASA DE TU PRÓJIMO, NO CODICIARÁS LA MUJER DE TU PRÓJIMO, NI SU SIERVO, NI SU CRIADA, NI SU BUEY, NI SU ASNO, NI COSA ALGUNA DE TU PRÓJIMO"**

por **JOSÉ MORENO BERROCAL**

**LECTURAS: Ex.20:17.**

#### **Introducción**

Recientemente la Alianza Evangélica Española emitía un valioso comunicado sobre la crisis económica actual. Titulado "los acuerdos del Consejo Europeo. Una evaluación ética", en el mismo se reflexiona, usando sus propias palabras, "sobre la generación de la crisis" y "las propuestas de solución que se han indicado". Entre lo que este documento llama "los elementos éticos en el origen de la crisis" se coloca a "la codicia" como un factor fundamental a tener en cuenta a la hora de entender la presente crisis. Concretamente, el comunicado señala que la codicia está detrás de "los movimientos especulativos en los mercados financieros" que tanto daño han causado en los comienzos de esta gran crisis. Al mismo tiempo, se señala nuestra propia responsabilidad como nación: "los españoles han venido consumiendo más allá de sus posibilidades, como se comprueba en su afán por hacerse con la propiedad de su vivienda endeudándose con frecuencia más allá de lo razonable, mientras los bancos alentaban esta falta de prudencia, participando consciente y activamente en la sobrevaloración de los inmuebles, e incitando a un endeudamiento muy por encima de los más elementales criterios de prudencia". Es muy digna de encomio la valentía "profética" con la que se denuncia nuestra propia responsabilidad en el nacimiento de la crisis. El comunicado puede ser calificado de "profético", en el sentido de que busca realizar lo que ya hicieron los profetas del Antiguo Testamento. Es decir, mostrar la pertinencia de la Ley de Dios para cada época y generación. Y es que este mandamiento dice así: "No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo", Éxodo 20:17. Su relevancia hoy, no puede ser mayor.

#### **La codicia en la Biblia**

La codicia es un ardiente deseo, un ansia o apetito de poseer lo que no tenemos y, específicamente, lo que es de otro o tiene otro. Es desear apropiarnos de aquello que no es justo que nosotros poseamos. Resulta fascinante observar como la palabra "codicia" se emplea ya en las primeras páginas de la Biblia, concretamente en Génesis 3:6. Allí aparece formando parte del proceso que llevó a Eva a tomar del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. De hecho, describe la actitud y el estado de mente de Eva antes de tomar del fruto del árbol que estaba en medio del huerto: "Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría, y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella". Eva vio el fruto y deseó aquello que la serpiente le señaló como bueno. La codicia es, pues, una actitud del corazón, de lo más profundo del ser de la persona. Es una intención errónea por causa del mandamiento divino (en el caso de nuestro primeros padres, las palabras de Dios que Dios les dijo en Génesis 2:16-17: "Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás). Por ello, se puede afirmar, de entrada, que el Décimo Mandamiento es un mandamiento eminentemente "espiritual". Es decir, prohíbe el albergar un propósito malvado en lo más profundo del corazón del ser humano. No es que los otros no sean mandamientos espirituales. Obviamente también lo son, pero los otros comienzan con anunciar la ilicitud del acto externo. El Décimo comienza con la ilegitimidad del designio interno en el hombre. Pero al ser el último, este mandamiento es la llave para entender el sentido del resto de los mandamientos. Advierte, pues, también, el Décimo Mandamiento, sobre el sentido espiritual de toda la Ley. ¿No es acaso esto igualmente, el propósito mismo de Jesús en lo que llamaron el Sermón del Monte? Cristo nos muestra la espiritualidad de toda la Ley y que cumplirla, por tanto, no solo reside en un comportamiento externo y superficial en armonía con sus preceptos. Buscar obedecerla incluye también una actitud interna del corazón mismo del hombre. Esto aparece meridianamente claro en lo que dice el mismo Señor Jesús en Mateo 5:27-28: "Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón". Esto es lo que pone de manifiesto, igualmente, el testimonio de Pablo en Romanos 7:7-12: "¿Qué diremos pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado

sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. Más el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto. Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte; porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató. De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno". Resulta muy interesante notar como fue este mandamiento, el Décimo, el que usó el Espíritu Santo para por un lado convencer a Pablo de pecado, y por otro, mostrar el carácter santo, justo y bueno de toda la Ley. Indudablemente vemos como está Décima Palabra Divina es un mandamiento muy relevante en nuestra sociedad adquisitiva y consumista. En manos del Espíritu Santo es una herramienta eficaz para convencer de pecado a una sociedad que se ve a sí misma como, básicamente, buena. Pablo, era, aparentemente, una persona sin tacha, irreprochable, y sin embargo era codicioso. Nuestra sociedad tiene una visión muy superficial de su propio pecado si es que cree en el pecado. Pero este mandamiento puede mostrar cómo nuestro corazón no es recto, como queremos hacer creer a algunos, que más bien habitan en nuestro seno poderosas pretensiones inconfesables...

Notemos, además, como Eva, después de codiciar, procedió a tomar del fruto prohibido. Esto nos señala el hecho de que la codicia es la madre de todos los demás incumplimientos de la Ley. Es más, debemos apreciar como, en este mandamiento, no simplemente se dice "No codiciarás" sino que se especifica una serie de personas y cosas que no deben ser codiciadas. El sentido puede ser precisamente este, el hecho de que, una vez que damos rienda suelta a la codicia, esta es imparable, y nos arrastra a realizar todo tipo de desmanes. Por ello, la codicia lleva al ser humano a recurrir a toda suerte de medios ilícitos para alcanzar sus fines. Lo vemos en el caso del rey Acab. Para obtener la viña de Nabot no dudó en recurrir al falso testimonio y al asesinato, 1 Reyes 1:1-16. También David, después de codiciar a Betsabé, tuvo que echar mano del engaño y del homicidio para tratar de ocultar su pecado, 2 Samuel 11. Certeramente expresa el profeta Miqueas la conexión entre la codicia y los otros pecados a los que conduce: "¡Ay de los que en sus camas piensan iniquidad y maquinan el mal, y cuando llega la mañana lo ejecutan, porque tienen en su mano el poder! Codician las heredades, y las roban; y casas, y las toman; oprimen al hombre y a su casa, al hombre y a su heredad", Miqueas 2:1-2. De la misma manera, Pablo en 1 Corintios 10:6, interpreta el vivo deseo de los israelitas en el desierto, por ciertas viandas (relato que se encuentra en Números 11), como codicia. Una codicia que tuvo terribles consecuencias para ellos! La codicia es letal, ¡debemos eludirla siempre!

### **Un antídoto eficaz: el contentamiento cristiano**

Es necesario destacar, igualmente, que las Escrituras no solo nos prohíben la codicia. Al mismo tiempo nos señalan el camino para evitarla. Los atrios del palacio de la codicia suelen ser el descontento y la envidia. Estas actitudes revelan un desconocimiento del carácter mismo de Dios! En este sentido, el Décimo Mandamiento presupone los primeros Cuatro Mandamientos que nos recuerdan la primacía de Dios en todo. De la misma manera que el Décimo muestra la espiritualidad de toda la Ley, el hombre codicioso revela su lejanía de Dios, es decir, su incumplimiento de los primeros cuatro mandamientos. Esto es justamente lo que Pablo dice escribiendo a los colosenses: "Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas", Colosenses 3:5-7. Notemos la conexión que hace Pablo entre idolatría, los malos deseos y la avaricia. Pablo amonesta a los cristianos a vivir en Cristo de una manera distinta a la que llevaban cuando no conocían a Dios. Es por esto que se puede decir que la crisis actual revela con claridad el gran alejamiento de Dios mismo por parte de nuestras sociedades. La codicia en la Escritura es sinónimo de lejanía de Dios. Por el contrario, el cristiano es alguien que, precisamente porque conoce al Dios de la Biblia, puede afrontar esta crisis con confianza y no con desesperación. Y es que las Escrituras nos presentan a un Dios soberano que hace todo conforme a su buena voluntad. Es más, el pueblo de Dios sabe que en Cristo Jesús nos acercamos a Dios como a un Padre celestial, amante y sabio. Esto significa que el cristiano confía en el Dios que, como su Padre celestial, controla todo. Es decir el cristiano es alguien que ha puesto su confianza en la Providencia Divina. ¿No es esa visión de Dios como un Padre celestial el centro mismo del llamamiento de Cristo a los suyos a no caer en el afán y la ansiedad con respecto a las cosas necesarias y cotidianas de este mundo, Mateo 6:25-34? Solo esa seguridad en Dios como nuestro Padre nos lleva al contentamiento. He aquí el gran remedio frente a la codicia. El autor de la Epístola a los Hebreos lo expresa con toda claridad. "Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir

confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre.” (Hebreos 13:5-6). El contentamiento significa descansar en el hecho de que Dios nos da todo lo que verdaderamente necesitamos y nunca dejará de hacerlo. Y esto porque Dios siempre cumple lo que promete. Un Dios que debe siempre ser visto como un Padre por aquellos que han acudido a Él por medio de la cruz del Señor Jesús. Asimismo Pablo advirtió solemnemente acerca de los peligros inherentes a la codicia y aconsejó el camino de la piedad y el contentamiento para vencerla. En 1 Timoteo 6:6-10, nos dice así: “Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores.” Estas últimas palabras desvelan el hecho cierto de que la presente crisis no es algo excepcional, sino que es una muestra más de cómo el amor al dinero, la codicia del mismo, envuelve al ser humano en todo tipo de desastres en todo momento. Por otro lado, el contentamiento no significa pusilanimidad, conformismo o derrotismo. Solo indica que el cristiano no busca progresar ilícitamente, sino en armonía con el mandamiento divino de poner a Dios, y su Ley, por encima de cualquier otra consideración. Viviendo como cristianos, podemos, o no, adquirir más o menos bienes de este mundo. Lo que no nos está permitido es hacerlos por medios de abierta o dudosa legalidad y moralidad. La Biblia también nos dice que algunos ricos eran creyentes. A los tales Pablo aconseja a ser generosos. Este es también otro gran remedio contra la codicia. Pablo no solamente aconsejó. Su vida misma es un ejemplo ilustre de lo que implica el contentamiento. Escribiendo a los filipenses afirma que: “En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis revivido vuestro cuidado de mí; de lo cual también estabais solícitos, pero os faltaba la oportunidad. No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece. Sin embargo, bien hicisteis en participar conmigo en mi tribulación.” Pablo dice que ha aprendido a vivir con contentamiento. Esto significa la capacidad, dada por el Espíritu de Dios, de aprender a convivir con riquezas y pobreza. El secreto del Apóstol residía en lo que era en Cristo, en su relación con Cristo: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”.

## **Epílogo**

Si el pecado es estar centrados exclusivamente en nosotros mismos y nuestra supuesta felicidad, aún a costa de dañar a otros, la codicia es la esencia misma del pecado. La Décima Palabra de la Ley de Dios repite dos veces la prohibición “no codiciarás” cosa que no se hace con los anteriores cinco mandamientos. Además, añade una lista de lo que no debe ser codiciado, no para limitarlo a esas personas y objetos, sino más bien para mostrar la amplitud del mandamiento. La Ley nos revela que hay en nosotros un deseo maligno que se extiende hacia todo, porque todo, creemos, debe servir a nuestro propio interés. La Ley nos revela ese acendrado e inveterado egoísmo que nos domina completamente, y que se constituye en el tenor general de nuestra vida sin Dios. El Evangelio, por el contrario, nos invita a mirar, desde el primer momento, fuera de nosotros. Nos invita a contemplar a Aquel que vivió, murió y resucitó por pecadores codiciosos como nosotros. Cuando ponemos nuestra confianza en Él, Cristo nos perdona, nos recibe, y nos da una nueva esperanza para esta vida y la venidera. Al mirar a Cristo Jesús, vemos a Uno que no vivió para sí mismo, sino para hacer el bien a los demás. Vemos a Jesús que no codició a los demás o a sus posesiones sino que los sirvió: “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”, Marcos 10:45. Jesucristo se dio por amor, y el amor es la característica principal de su vida. Un amor que consiste en mirar por el bien de otros. Cristo encarna en su Persona y Vida el cumplimiento y resumen de esta Décima Palabra como de las otras cinco anteriores que es “...amarás a tu prójimo como a ti mismo”, Marcos 12:31. Por ello, todos aquellos que son de Cristo Jesús han sido transformados por ese amor. Y precisamente por eso, pueden ahora vivir en amor, en el poder de su Espíritu, y motivados por el ejemplo del amor del Señor. Es por amor que escuchamos y buscamos hacer justicia al mandato divino que afirma: “No codiciarás”.

*(Publicado en la revista EDIFICACIÓN CRISTIANA, Mayo - Agosto 2013. Nº 259. Permitida la reproducción total o parcial de esta publicación, siempre que se cite su procedencia y autor.)*